

Con Pou, todo adquiere peso

El mapa que plantea Ventura Pons para esta Barcelona de hoy en día arranca de la guerra civil y de unas imágenes documentales: el triste y trágico blanco y negro se convierte en un sórdido y melodramático color. La historia se encierra en un tristísimo piso o pensión en el que vive una pareja con un plan (de pensiones, en efecto) y unos cuantos inquilinos en trance de desahucio, tan solos, desamparados y condenados que casi le dan sentido a ese arranque bélicoambiental.

Suenan al crujir de la madera las pisadas de Ventura Pons sobre el texto teatral de Lluïsa Cunillé: se estructura la acción en cuatro encuentros cara a cara entre los personajes, cada uno de ellos en una dependencia de la casa y en una progresión dramática tan teatral como «meló».

Apurado por este crujir de las maderas del teatro en su película, Ventura Pons intercala lonchas de cine: flashes de escenas exteriores, alusivas a lo que dicen o piensan los personajes enclaustrados. El efecto tal vez pueda ser considerado «moderno»: teatro veteadado de ritmo cinematográfico.

En cualquier caso, el interés de esta obra, tal y como se ve en la pantalla, reside casi completamente en un actorazo y en su interpretación: Josep Maria Pou revienta por completo el barril de madera y deja en algo absolutamente banal el dilema entre teatro y cine. Construye un personaje devorador, pleno, inexplicable, atroz y que encima deja un noble espacio a los demás: Núria Espert se construye también a sí misma en ese grande y complejísimo molde esculpido por él. Y Jordi Bosch, Rosa Maria Sardá, Maria Botto y Pablo Derqui consiguen hacerse su hueco ante el corpachón escénico de Pou.

Probablemente todo el armario argumental debería funcionar como una gran metáfora de la historia del país: se empieza perdiendo una guerra y se termina perdiendo la habitación en un oscuro piso del Ensanche barcelonés. Lo que ocurre es que cada uno de los ramales o afluentes de la historia anega a la principal: una anciana que da clases de francés, una joven inmigrante embarazada y sola, un «segurata» abandonado, un hombre que se traviste, un homosexual a la caza..., y entre todos ellos, el adulterio, el incesto, la culpabilidad, la sordidez, el aire viciado y el aria de una ópera..., en el fondo gran metáfora de la historia de un país. Tiene especial gracia el apunte pirómano del personaje de Josep Maria Pou y su guiño liceísta.

E. R. Marchante
ABC